



1

ELAYNE



La princesa solo podía ser vista una vez al año. Fue una de las nuevas leyes que se implantaron tras el asesinato de la reina Hedda, veintitrés años atrás. Para que no pareciera algo tan lúgubre y oscuro, al Consejo se le ocurrió la magnífica idea de convertir el evento en toda una fiesta: las calles se llenaban de dalias (pétalos en el suelo, coronas en las puertas, tiaras en el pelo), se horneaban panecillos y delicias dulces, y desde los palcos ondeaban banderas púrpuras, el color del velo que cubría a la heredera: la mezcla perfecta entre el azul del océano y el rojo de la sangre de los atlantes.

Durante dos días, la plaza del Haya se llenaba de bailes, música y cantos a la Diosa mientras las mujeres sacudían sus pañuelos y hacían tintinear el oricalco de sus pendientes. Nana siempre decía que era uno de los días más felices del año, como si pudiera serlo para todo el mundo y en toda la

isla. Un bálsamo suspendido en el tiempo en el que los atlantes podían permitirse olvidar.

A Elayne no le quedaba más remedio que creerla porque, como cada Velamar, le tocaba vivirlo desde la sombra.

La joven arrugó la nariz mientras observaba cómo los azulejos de la Plaza Real desaparecían bajo las sandalias de los ciudadanos. Le gustaba reconocer sus rostros de ilusión al ver el palacio desde tan cerca: para muchos, aquella era la primera vez que pisaban el Primer Anillo.

«Os cansaríais de él; mucho brillo y muy poca vida», pensó.

—¿Estás segura de que han controlado bien el aforo?
—preguntó Elayne cuando Nana hizo un aspaviento para indicarle que bajara los pies de la repisa—. No veo a ninguna guardiana desde aquí.

—Me parecería un milagro si lo hicieras. —La mujer hizo el amago de asomarse, pero reculó enseguida. En su lugar, dio unas palmaditas sobre el regazo de Elayne para deshacerse del polvo. La chica ni siquiera se había molestado en cambiarse: seguía con el mismo vestido con filigranas de plata que caracterizaba a las damas de la princesa—. Me da la sensación de que el problema es que a ti se te queda el palacio cada vez más pequeño, Ela. El año pasado era tal la multitud que la plaza parecía un banco de sardinas. Creo recordar que la matriarca Ersa incluso sacó a sus elefantes de paseo.

El aya siguió la dirección de la mirada de Elayne, con las manos entrelazadas sobre su falda y una sonrisa escapando de las comisuras de su boca. Como de costumbre, la joven había encontrado el lugar perfecto para contemplar una festividad como el Velamar.

Desde la ventana podía observarse la ciudad extendiéndose a los pies del Primer Anillo, colina abajo, con los primeros

rayos del sol lanzando destellos dorados sobre las cúpulas de los templos y alumbrando las avenidas por las que paseaban las familias nobles, con sus túnicas de fiesta y sus joyas de oricalco. Si Elayne miraba un poco más abajo, a la derecha, el paisaje era muy distinto: un centenar de rostros tocados por el sol se arremolinaban en la Plaza Real, ondeando sus pañuelos violetas a la espera de que la princesa se asomara.

Pero el sol parecía estar tomándose su tiempo esa mañana. Casi como Nana, que miraba hacia el palco como si no supiera el espectáculo del que formaba parte.

—Aquí dentro pasean los elefantes todos los días —murmuró Elayne mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Estaría bien que un día me llevaras a verlos, para variar un poco. O también podríamos bajar a la plaza del Haya los días de mercado...

—Te escaparías en cuanto me diera la vuelta.

Muy a su pesar, Nana consiguió arrancarle una sonrisa.

—Solo me queda un Velamar así, Nana. Se te acaba el tiempo de ponerme...

No llegó a pronunciar la última palabra antes de que el sonido de los portones abriéndose cortara la conversación. A Elayne solo le hizo falta ver cómo el cuerpo de Nana se tensaba para saber que se trataba de la reina.

Las guardianas entraron primero, con el aura resplandeciendo en el filo de sus espadas y los rostros imperturbables como esculturas. Cuando llegó el turno de la reina, hasta el sol mismo pareció contener la respiración.

El rostro de Zoira reflejaba los colores del amanecer: el dorado de la luz contra el canela de su piel, los labios gruesos, los ojos ámbar. Si no fuera por las vestimentas bordadas en oro y la tiara sobre su cabeza, la soberana de la Atlántida podría

hacerse pasar perfectamente por una joven recién salida de la Academia.

«Joven. Me pregunto si alguna vez tuvo la oportunidad de serlo», pensó Elayne.

—Majestad. —Nana dio un paso adelante e inclinó levemente la cabeza—. La estábamos esperando.

Mientras se acercaba, Elayne se preguntó si hablaba por ellas dos o por los miles de atlantes que aclamaban el nombre de la reina en la plaza.

Era el único nombre de la familia real que el pueblo conocía.

La princesa, siempre anónima, asomó la cabeza por detrás de una de las guardianas. Elayne quiso creer que le sonreía, pero era difícil ver nada más allá del velo púrpura que la cubría. Se deslizaba como un fantasma... O como un reo acudiendo a la horca.

«Yo nunca lo haría así», pensó la joven, con un nudo en la garganta. Esperaba que sus ojos hablaran por ella, que dijeran: «Mantén la barbilla en alto, Mareen. La Atlántida está esperándote».

Sin embargo, las palabras que salieron de sus labios fueron otras:

—¿Eso que noto son nervios?

Fue la reina quien se volvió hacia ella, con esos iris que serían capaces de competir contra la misma Diosa.

—No digas tonterías. —La reina soltó un suspiro, más cargado de disgusto que de cansancio—. En cuanto el Velamar termine, esperaba que pudiéramos hablar en privado. ¿Crees que podrías...?

—Se lo decía a Mareen. No sé cómo eres capaz de ver algo debajo de tantas capas...

Ignorando la mirada de exasperación de Nana («deja de interrumpir a la reina», parecía decir), la joven se acercó a la princesa y, con cuidado, le levantó el velo por uno de sus extremos.

—A ciegas es un poco más fácil. —Mareen le dedicó una sonrisa casi tan tímida como su postura.

Antes de que la reina las separara, Elayne encontró su mano y le dio un suave apretón, igual que Mareen había hecho con ella tan solo unas horas antes.

—Lo harás de maravilla, Mareen. Además...

—Elayne. —La voz de la reina Zaira rasgó el aire como el filo de una espada, seguida de un carraspeo—. Ahora no es el momento.

—Majestad. —Se oyó de repente a sus espaldas. Como si quisiera corroborar las palabras de la reina, una guardiana atravesó la puerta para dar el nuevo aviso, con el rostro perlado de sudor—. Hemos ordenado cerrar la entrada a la Plaza Real para que no se produzcan amontonamientos. El sol ya asoma...

—... y la luz de la Diosa nos recoge —respondió la reina—. De acuerdo. Avisa a la guardia real de que necesito que la plaza quede totalmente despejada al terminar. Quiero todas las salidas cubiertas. Y, Nana —su tono pareció suavizarse, como si delante del aya pudiera mostrarse más humana que reina—, si tienes un momento, comunícale al Consejo que pospondremos la Asamblea de hoy. Estoy un poco... cansada esta mañana.

—Sí, Majestad.

La reina le dedicó una breve sonrisa antes de indicarle a la princesa que se acercara. Con una mano sobre su espalda («y sin dedicarme ni una mirada», pensó Elayne), hizo un gesto

a las guardianas para que abrieran el camino hacia el palco. El Velamar no podía esperar.

«Ni siquiera por mí».

Cuando el roce de los vestidos y el choque de las armas se perdió por el pasillo, Elayne se permitió relajar los hombros y volver a respirar. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Una parte ilusa (ingenua, tonta) de ella aún esperaba que la reina diera media vuelta.

—Solo iba a decirle a Mareen que la tiara le favorece mucho más que a mí —murmuró cuando Nana apoyó una mano sobre su hombro.

—No se lo tengas en cuenta, ya sabes que tu madre...

Una ola de vítores y aplausos inundó la sala e hizo callar a Nana. Ela se dio la vuelta, dándole la espalda a su aya.

—Vamos, esta es mi parte favorita.

Era el momento en el que el pueblo atlante se alzaba con esperanza. En el que no importaban las noticias que llegaran del otro lado del mar, los barcos que amarraran en las costas o el aura que iluminara las casas. Entre la multitud no se distinguían matriarcas de mercaderes, y la luz del amanecer se reflejaba sobre el agua de los canales, lanzando destellos hacia el cielo como si ella también quisiera celebrar el anuncio de la princesa.

Elayne regresó a la ventana y apoyó los codos en el alféizar. Nana se acercó a ella justo en el momento en el que la reina y su heredera saludaban a la Atlántida.

—Y ahora toca el mismo discurso de siempre —dijo la joven antes de coger aire—. «La diosa Seida prometió una tierra de fertilidad y vida, un reino de poder...».

—«... y justicia». —La voz de Zaira parecía haber robado parte del poder que la Diosa prometía, porque toda la isla

guardaba silencio para escucharla. Se oía el ligero murmullo de aquellos que repetían la leyenda que conocían desde la cuna—. «A la cabeza de toda su creación, Seida proclamó a su primera reina y prometió que velaría por la ciudad a través de ella. Por su isla y por todas sus creaciones. Porque no existirá...».

—«... ninguna criatura en la Tierra capaz de enfrentarse a las hermanas de una diosa» —terminó Elayne mientras Nana le lanzaba una mirada que no consiguió descifrar.

Durante unos segundos, la isla entera enmudeció. La chica aprovechó para cerrar los ojos y dejarse llevar por el arrullo de los aplausos, que empezaron a sonar, poco a poco, como la lluvia antes de convertirse en tormenta. Un paso detrás de otro, imitó el mismo paseo que había visto ensayar tantas veces a Mareen. «Barbilla en alto, sonrisa en los labios, la caricia del velo púrpura sobre las mejillas, las manos en la balaustrada. Inclina levemente la cabeza. Posa la mano en el pecho y lanza el corazón hacia la Diosa», recitó de memoria.

En un año la princesa cumpliría la mayoría de edad y sería descubierta. Sería vista, esta vez de verdad.

Los gritos le hicieron abrir los ojos y regresar al presente.

La mirada de Elayne siguió la de su aya, que se había llevado las manos a la boca y observaba el palco como si lo viera desprenderse. Ela no tardó en entender por qué.

La estela de aura que dejó aquella flecha le hizo pensar en estrellas fugaces.

«Reza, Ela», diría su madre.

Pero lo único que escuchó fue el «Majestad, ¡cuidado!» que profirieron las guardianas que escoltaban a la reina al tiempo que desenvainaban sus armas con una sincronía casi perfecta. Antes de que la joven pudiera comprender lo que estaba ocurriendo, vio a Mareen desplomándose sobre sus

rodillas. El brillo azulado del aura todavía resplandecía en el astil que sobresalía de su cuerpo.

Los aplausos de la Plaza Real se transformaron en gritos, y se desató el caos.

Nana fue la primera en reaccionar: agarró a Elayne por los hombros y la empujó hacia el interior de la sala, lejos de la ventana. Ela no entendía por qué su aya no temblaba, por qué no decía nada. Aún recordaba las últimas palabras que la anciana le había dedicado a Mareen mientras las dos esperaban a que acabaran de vestirla: «Todo irá bien. Lo único que tienes que hacer para que te quieran es existir, princesa».

«Ojalá fuera así de fácil para todos», había contestado ella.

Las guardianas irrumpieron en la sala, seguidas de la reina, que sostenía a una Mareen moribunda entre sus brazos. Cuando se dejó caer sobre el suelo, las losas de mármol blanco empezaron a teñirse de la sangre de la joven.

Las puertas se cerraron con estruendo, pero ni siquiera eso silenció el caos de la plaza. El ruido se extendía como un zumbido molesto por toda la sala: la respiración entrecortada de Nana, los gritos de los atlantes, el barrido de un elefante en la lejanía, los pasos de las guardianas, el silencio de la reina. Zaira comprobó que el velo seguía cubriendo el rostro de Mareen un segundo antes de volverse hacia Elayne, que estaba demasiado paralizada para soltarse del abrazo de su aya.

—Elayne, vuelve a tus aposentos inmediatamente.

La reina se puso en pie mientras Mareen seguía luchando por respirar. Elayne observó con horror cómo una rosa de sangre escarlata se extendía por encima de su clavícula. Su piel había palidecido hasta acercarse al color de la canela que su amiga tanto detestaba. Estaba perdiendo mucha sangre...

—Pero Mareen... —titubeó—. Mareen, ¿está...?

—Ela, vamos... —Nana alargó las manos hacia ella, pero la joven se zafó con un movimiento brusco.

—¡No! Llamad a las sanadoras, tenéis que...

—Me encargaré de ella —la interrumpió la reina—. Pero lo que me importa ahora es que tú estés a salvo. Vete y no salgas de tu habitación hasta que yo acuda, ¿me has oído?

Pero a su alrededor todo era una nube de los brillos de las armaduras y el aura de las espadas de las guardianas.

«No, no te oigo», pensó. Solo podía escuchar los gemidos de su amiga. Un par de brazos la agarraron de los hombros en cuanto Nana entendió que con su fuerza no sería suficiente para sacarla de allí.

—Dime que salvarás a Mareen —gritó mientras la empujaban hacia la salida—. Dime que no es sustituible como las demás. He visto cómo la tapabas. Madre...

No llegó a ver su rostro ni oyó su respuesta. Las sanadoras entraron en la habitación, con los lazos blancos y dorados enroscados como enredaderas, y el resto de la guardia real creó un muro humano alrededor de la reina.

Cuando las puertas de la sala se cerraron tras ellas, Nana se acercó a la joven para cogerla del brazo, con una mezcla de miedo y compasión en los ojos que no hizo más que aumentar su angustia. Quería que la riñera por su poca compostura, que le dijera que había hablado demasiado alto, que había faltado al respeto a su madre, que ese no era el comportamiento que se esperaba de una princesa.



Cuando no existía nada, existió Seida, diosa de todo y de todas. Cuando existió la Tierra, y con ella los mares y los océanos que la cubrían, Seida se declaró reina de todos ellos. No contenta con limitarse a las criaturas del agua, la Diosa creó una tierra a la que poder llamar suya. Una ciudad hermana.

Su isla recibió el nombre de la Atlántida.

La Atlántida se volvió un reino hermoso, justo y rico, rodeado de colinas verdes, montañas fieras y llanuras azotadas por los vientos. Bajo sus campos encontrarían los metales más nobles, oro y oricalco, y la energía más pura: el aura.

Fue así como la Diosa entregó su propia alma como regalo para su pueblo. El aura serviría para iluminar los hogares, sanar a las guardianas y a los soldados, unir a las hermanas y protegerse frente a las amenazas de la guerra.

Creó entonces tres anillos de agua alrededor de la colina más importante de la costa sur, la más amable y llana, donde se encontraba la ciudadela. Los atlantes construyeron los canales y los puentes que unirían la tierra anillada, y cada uno de los distritos se encargaría de asegurar la prosperidad de la isla. El Distrito Real para el orden, el Distrito de la Academia para la sabiduría y la ciencia, el Distrito de las artes y los oficios por y para el pueblo, y, por último, el Cuarto Anillo, la zona exterior que regresaba al mar.

Nacieron las comunidades de agricultores y pescadores en los pueblos costeros, y las hermanas de la Diosa crearon la Academia, un centro de estudio y sabiduría por y para las mujeres.

Al frente de toda su creación, Seida dejó a su primera reina.

A través de ella velaría por su ciudad. Por su isla, por sus creaciones.

—Fragmento de *Historia de la Atlántida: Vida y gloria de la isla de Seida*, 1723 a. C.